

ARTICULO I.

NO ES EL FILOSOFO SINO EL
Antifilósofo quien afecta desconocer à Dios, viniendo à ser Ateista, ò Materialista, ò Espinosista.

XII.
 Por qué se aumenta la impiedad en razon de lo que se ilustra la Filosofia?

Observando yo algunas veces el curso de las cosas, solia ocurrirme una duda, que no sabia despreciar. ¿Por qué, decia yo, floreciendo tanto en estos siglos la Filosofia, crece tan desmedidamente la impiedad? ¿Cómo puede ser, que ascendiendo las luces quasi à su medio dia, se estiendan las sombras, amenazando cubrir al mundo, y reducirlo à su abismo.

XIII.
 La ilustracion es cierta.

Que la ilustracion haya crecido para la Filosofia, y otras artes, no se puede negar; aunque en realidad de verdad hay muchos lustrados con un barniz filosófico, y pocos que son ilustrados por conocimientos verdaderos, y útiles; pero que el dia humano, ò estas ciencias en que confian demasiado los hombres, se hayan aumentado, es una ingenua confesion, que no me impide hacer algun temor, ni algun interés. Lejos vaya de nosotros esta satisfaccion en el sistema que nos enseñaron quando muchachos, y hace creer à diversos, que nada les resta que saber. Aun esté mas lejos un secreto interesillo, que dirige en muchos el negocio que hacen, con despreciar todo lo que ignoran. Ni merece mas lugar un celo ilegítimo, con que algunos juzgan que se ha de negar todo aquello de que los hereges puedan sacar alguna alabanza.

Des-

Despues veremos el poquisimo mérito que en efecto tienen los impíos en los dichos adelantamientos.

Lo primero podia pasar por una ignorancia, y pereza, que es tolerable: pues à la verdad, ni éste, ni aquel sistema de Filosofia son necesarios para nuestro interés principal, que es la salud eterna. Lo segundo sería una envidia mas indigna de un Católico, que de todo otro Filósofo: pues el que sabe à Jesu-Christo, no debe envidiar, ni estimar en tanto una ventaja que ha solido Dios dar à los paganos, y à otros Filósofos que apenas le conocen. Lo tercero (es bien mas que zelo) una pequeñez de ánimo, que no tiene el desinterés, magnanimidad, y equidad que inspira la Justicia de Jesu-Christo.

Si este Señor alabó la prudencia en que los hijos (1) de este siglo vencen à los hijos de la luz; ¿por qué seremos nosotros injustos, negando la eloqüencia, la sagacidad, y la sabiduria humana que se halla en muchos Filósofos paganos, ò hereges, asi antiguos, como modernos? Si Dios es liberal en darles estos dones, y por ellos vencerá quando los juzgue; ¿por qué no lo seremos nosotros en concederselos tambien para convencerlos? Esto pareceria ser unos hijos desemejantes al Padre Celestial.

Por otra parte sería darles una ventaja mayor que las que les negamos; pues nos dejaríamos exceder de muchos de ellos en sinceridad, en modestia, en desinterés, y en una exâctitud, que (sea afecta, ò verdadera) es lo que dá mas decencia à sus mejores libros, y mas hechizo à sus razones, muchas veces débiles, y sin utilidad. Melchor

Ca-

(1) Luc. 16. v. 8. Quia filii hujus sæculi prudentiores filijs lucis in generatione sua sunt.

Cano sintió (1) ver mejor escritas las vidas de los doce Césares, que lo están las de muchos de nuestros Santos. Yo sentiria mucho el ver mas bien retratado à veces el error que la verdad, si luego no me acordára de que ha sido un alto designio de Dios hacer triunfar à la verdad hasta por la ignorancia; pero aun de aqui tampoco se concluye el que debamos estimar à la barbarie sobre las ciencias: esto sería consentir à un cargo pesado, que nos hacen los hereges, è impíos, y que despues rebatirémos. La verdad merece ser tratada con toda decencia, aun exterior. ¿Qué importa que no lo necesite? ¿Porque ella sea rica, y no tenga necesidad de otros adornos, serémos nosotros iníquos, no rindiendole el tributo que le debemos? Algunos afectan despreciar con aquel pretexto una eloqüencia casta, y purgada, y gustan al mismo tiempo de una loquacidad sin seso, ni peso, que manifiesta por el sonido su vanidad, y lo poco castigado, y sacado de rudeza que está nuestro corazon.

Ea, pues, mis amigos, no temais cosa en conceder, que muchos Filósofos, asi estraños, como domésticos de la Iglesia (pues de todo hay) nos aventajan, y hacen grandes progresos en la Filosofía; de aqui tórno à mi duda primera: ¿Por qué, pues, crece tanto, ò mas en ellos la impiedad, y la ignorancia de Dios? ¿Luego es la Filosofía aquella ciencia funesta, aquel buen gusto, aquella abertura de ojos que nos roba de la vista à Dios, à la inocencia, y à la felicidad? ¿Qué indicios tan

(1) Can. de Loc. lib. 11. cap. 6. pag. 266. edit. Venet. an. 1759. Miror ab uno Suetonio servata esse omnia, à plerisque nostris omnia esse desertas. Qui autem res humanas à Divis, quorum historias scribendas sumunt, alienas fore censent, hi Divos ipsos ne homines quidem fuisse, videntur credere.

vehementes! pero yo todavia no la condenaré por ellos.

La que yo llámo verdadera Filosofía, es la que tambien nos llama à conocer, y reverenciár à Dios: por todas partes nos dá voces. Desde lo alto del Cielo, en cada una de las estrellas nos predica con una lengua de luz la gloria de aquel que las hizo: desde las nubes nos truena, desde los montes, y de entre las piedras nos habla, ò nos inclina à contemplarle en silencio. Tambien las aguas dieron su voz: por fin, en las plazas, y en los campos; en la Ciudad, y en la soledad; en el mar, y en la tierra; en el orbe universo vemos abierto un libro, que por todas sus hojas nos dá à leer la idéa de Dios.

El fin sumo de la Filosofía, escribia Enrique Moro à un amigo de Descartes, que era la Religion (1): y este es tambien el fin donde vá à parar el estudio del Filósofo: porque si advirtiere el orden que dicen unas cosas à otras, la estabilidad de este orden, la complicitad de movimientos particulares, contrarios entre sí mismos, y combinados perfectamente para la composicion del universo; dejará de ser Filósofo, y será un loco, si creyere que en esta casa tan bien gobernada no hay algun Regente; ò que en esta innumerable flota de tan grandes naves, no vá algun Gefe, ni algun Piloto; finalmente, que en este grande y organizado cuerpo, que habla siempre hymnos admirables, no hay alguna razon ò mente que dicte estas cosas.

Pla-

(1) A Monsieur Cerselier. Letres de Descartes, tom. 1. pag. 313. edit. de 1757. summus Philosophiarum finis Religio.

XIV.
No son compatibles el Artismo, y la Filosofía.

XV.
Diccionario de la Academia de la Lengua Española.

XV.
Se prueba por los
mismos Filósofos
paganos. Platon.

Platon pone en boca de uno de sus interlocutores un discurso semejante: Vosotros me haceis el honor de concederme un alma inteligente, desde que notais el orden que junta mis palabras, discursos, y acciones; y porque todo lo hago por algun fin. ¿Y pensaréis en viendo el orden del mundo, que no hay una mente soberana que lo haya dispuesto?

XVI.
Discurso de Séneca.

Séneca pensaba que habia nacido sin causa, si no se aplicaba à reconocer la naturaleza, y por ella venir à contemplar las perfecciones de su Autor. ¿Porque, à qué otro fin (dice escribiendo à un amigo suyo) debia yo alegrarme de estar en el número de los vivientes? ¿Por ventura, para comer, y beber, y mantener un cuerpo, que incesantemente se nutre, y se corrompe? Quitalejos de mí este desestimable bien. No me es tan preciosa la vida, que deba por ella trabajar, y anhelarme. ¡O cuán miserable es el hombre, si no se levanta sobre todas estas cosas! ¿Quando luchamos con nuestras pasiones, qué mucho hacemos? Despues de haber triunfado, solo sacaremos el haber domado unos monstruos. ¿Estás ya libre de los vicios? pues aun no has adelantado mucho. No está la felicidad del hombre en carecer de vicios; esto solo da una buena disposicion para contemplar las cosas eternas, y hacerse digno de la conversacion de Dios. Entonces será acabado, y perfecto nuestro bien, quando puestos todos los vicios debajo de los pies, subieremos hasta penetrar los secretos de la naturaleza: entonces gusta el hombre, andando entre las estrellas, de reirse de estos edificios magníficos, y de toda la Arquitectura Griega, y Romana, con todo el oro que

PREVENCION A LOS VERDADEROS FILÓSOFOS. 153
que se ha desenterrado, y el que se reserva para la avaricia de los venideros.

No puede el ánimo menospreciar estos soberbios frontispicios, palacios, y jardines, donde el arrayan, y box forman mesas cortadas à tijera, y los caños de agua son llevados de lejos para formar las fuentes, y cascadas; si no hubiere rodeado primero todo el mundo, y mirado, desde lo alto, el globo de la tierra tan pequeño, y en gran parte cubierto de agua. Allí se preguntará à sí mismo: ¿Es aquel puño de tierra lo que se parte à fuego, y à sangre entre las Naciones? ¡O! cuán dignos de risa son los términos de los mortales! Un punto es todo aquello en que navegais, y batallais, y estableceis Imperios, y Provincias.

Aquí en esta soberana Region hay vastos espacios, donde se dilata el ánimo; pero no suben à ellos sino los que descuidaron del cuerpo, y arrojaron de sí toda inmundicia. Quando este espíritu gusta las cosas soberanas, entonces se recrea, y crece: y libre de todos los lazos de la carne, resurte à su origen, y principio. De aquí toma documentos de su divinidad, al ver que las cosas divinas le deleytan, y que se ocupa en ellas como en cosas propias; entonces aprende el hombre lo que antes le traía muy solícito, que es conocer à Dios. ¿Qué cosa es Dios? Mente, y razon del universo. ¿Qué cosa es Dios? Todo (1) lo que vemos: porque quanto vemos es su sabiduría, y presencia; y así confesamos su inmensidad, que es tan grande, que no se puede pensar cosa mayor. ¿Pues qué diferen-

Tom. I.

V

cia

(1) Esto se puede entender bien, sin culpar à Séneca de Espinosista.

cia hay entre la naturaleza divina, y la nuestra? Una es, que la mejor parte de la nuestra es el alma; pero en el todo es alma, todo razon, y todo inteligencia.

En esto se echa de ver quán grande sea el error de aquellos que vinieron à decir, que una obra como este mundo, tan hermosa, tan bien ordenada, tan constante, y regulada, se habia hecho acaso. No quieren ver que ellos se conceden un alma, y un grande entendimiento, porque saben dirigir sus negocios, y aun (presumen) los de un Reyno: y viendo el sumo concierto con que en el universo se hacen todas las cosas, niegan haber en él un entendimiento soberano.

Asi como piensan estos Filósofos, dice Aristóteles (1), es como enseña la Filosofía à pensar à todos: luego no es ella, ni los Filósofos quienes fomentan la impiedad, sino los Antifilósofos; y tambien los que llenos de orgullo por algunos conocimientos que lograron en ella, se han prometido decidirlo todo sin necesidad de Dios.

XVII.
A Descartes se acusa de impiedad.

A Descartes le culpan de haberse atrevido à decir: *Dadme la disposicion de las leyes del movimiento, y de la materia, y os daré hecho el mundo.* El mérito de este gran Filósofo, y el haber sido Católico, no permite atribuirle mas culpa, que la de un orgullo semejante al del otro que dixo: *Dadme fuera del mundo un punto de apóyo, y mi mano será bastante para moverlo con una palanca;* pero no hay duda que el dicho de Descartes, con otros que sembró

(1) Aristot. lib. de Somno & mort. Philosophia docet omnes homines suum agnoscere Creatorem.

bro en su Filosofía, y el desprecio de las causas físicas que estimaba en otro tanto Newton, han sido unas armas, de que despues se abusó demasiado.

El estudiar la naturaleza era el camino legítimo para aprender la Filosofía, y uno de los medios para conocer à Dios. El mismo Apóstol nos puso en este camino. En observando atentamente las cosas hechas, podemos ascender al que las hizo; y de los visibles de Dios remontarnos à penetrar por sus invisibles (1).

En este sentido el sabio P. Granada con Santo Tomás (2), llaman à la Filosofía un *preámbulo* para la fé. Y Wolfio escribió su Teología natural, y su Metafísica en el designio de dar una manuducción para la Teología revelada. De tal modo está demostrada esta verdad de la exístencia de Dios para los Filósofos, que no la tienen por artículo de fé; al menos mientras que gozan de la claridad de la demostracion: pues entre tanto parece que se quita el velo, y se vé sin obscuridad; aunque esto no dura mucho. Solamente dura la ciencia, ò habito que dejó la demostracion; pero esto solo es una facilidad para conocerle reproduciendo la demostracion; mas no permanece siempre el acto de ciencia (3).

De aqui es que aun los sabios tienen esta verdad lo mas de la vida por fé, porque no siempre hacen como Filósofos reflexiones, y demostraciones;

V.2

nes;

(1) Ad Roman. cap. 1.

(2) D. Thom. 1. p. q. 2. art. 2. ad 1. Deum esse & alia hujusmodi non sunt articuli fidei, sed preambula ad articulos.

(3) D. Thom. q. 10. de Veritat. art. 12. Sed contra est, quod dicitur in Ps. 13. Dixit insipiens in corde suo: non est Deus. Sed dicendum, quod Deum esse, in habitu mentis, est per se notum, sed actu potest cogitari non esse.

XVIII.
Se prueba por la razon, y autoridad del Apóstol.

nes: entonces, como à párvulos ò menores, les concede el Padre celestial la restitucion de aquel dón, que dura mejor, y les es mal útil.

XIX.
La Filosofía alivia la oscuridad de la fé, y hace fácil creer.

Ved aquí, Filósofos, como se puede usar bien de la fé, y de la Filosofía. Esta segunda viene algunas veces para aflojar la benda de la primera: y la primera viene à llevarnos de la mano, quando la demostracion traspone, y nos deja ciegos. Dios no se pudo ocultar siempre à nuestra razon; pero quiso sernos siempre presente por la revelacion. Por la demostracion gozamos de la vista humana, y transitoria; por la fé viva merecemos la vision divina, y eterna. Aquella tiene mas gusto; ésta deja mas provecho: porque nos trae un dia, junto al qual el dia, ò conocimiento humano, parece una noche. Asi pasà el sabio en esta vida de una noche en otra; de su ciencia à la fé; y una noche con la otra le entretienen la ciencia continua de Dios (1). Lo que una noche tiene de mas clara, tiene tambien de menos durable, y quieta: y lo que la fé tiene de mas obscura, tiene de mas tranquila, de mas cierta, de mas deliciosa, segun aquel versito: *Et nox illuminatio mea in deliciis meis* (2).

XX
El Incrédulo discurre siempre al contrario de la razon, y del Filósofo: lo que demuestra que no es Filósofo.

De aquí se deja vér una notable diferencia entre el Filósofo, y el Ateista, ò Incrédulo, que es su extremo opuesto. El Filósofo à veces vé aquella verdad, à veces la cree: el Ateista, ò Incrédulo, ò Espinosista, ni sabe verla, ni quiere creerla. Algunos sabios reusaron el ver, por no dejar el mérito de creer. El Incrédulo, ni tiene razon que renunciar, ni fé por donde merecer. Para el Filósofo no hay

(1) Psalm. 18. v. 2. *Et nox nocti indicat scientiam.* (2) Psalm. 138. v. 11.

PREVENCION A LOS VERDADEROS FILÓSOFOS. 157
hay dificultad en creer este artículo; y el Ateista, ò Pseudo-filósofo finge un trabajo insuperable en creerlo. Su discurso es contradictorio al del Filósofo; porque éste dice: Si veo, no creo. El Pseudo-filósofo dice: Si no veo, no creo; quiero ver, para creer lo que habla Dios. El sabio repite: Oiré lo que en mí habla Dios, para creer lo que vieron mis ojos. Este hace un obsequio racional à Dios, y goza la ilustracion de su ciencia con la infalibilidad de la fé: aquel necio viene à quedarse sin ver, ni creer; sin evidencia, ni fé. Y para acabar de perderlo todo, concluye en creer lo mismo que no vé, ni cree: porque cree, y sigue su incredulidad, que no se funda en demostracion, ni en revelacion. „ La autoridad (dice un Filósofo) (1) es el argumento de la multitud; y la incredulidad es una „ especie de fé para la mayor parte de los im- „ píos “.

La misma diferencia se deja notar entre estos sobre el estudio de la Filosofía. El sabio la estudia para conocer à Dios, y el Ateista la estudia para desconocerlo. Oid hablar al mismo Epicúro, y haced cuenta de que estais oyendo à muchos Pseudo-filósofos de nuestro tiempo. „ Si nuestro corazon (dice en una de sus máximas, que él llamaba reveladas *χρησας δόξας*) no estuviera inquieto acerca „ de las cosas que están sobre nuestras cabezas, ni „ acerca de la muerte, y sus continuaciones; y pudiéramos conocer la raya donde deben llegar „ nuestros placeres, para no mudarse en dolores, „ no

XXI.
Muestra tambien que los Ateistas, y Epicúreos no son Filósofos, porque estudian la Filosofía para saber negar à Dios.

(1) Mr. d' Alembert, de l'abus de la critique en matiere de Religion: L' autorité est le grand argument de la multitude; et l' incredulité... est une spece de foi pour la plus part des Impies.